

I Domingo de Cuaresma (06-03-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanas y hermanos, hemos comenzado la Cuaresma con el Miércoles de Ceniza, y hoy hemos entrado con Jesús al “desierto” de nuestra vida humana, aquella zona que nos recuerda que ya no estamos en el Jardín del Edén, en donde el Señor había puesto al ser humano para que lo labrara y lo cuidara, sino que, por obra del pecado, estamos en el desierto, caminando sometidos a diversas tentaciones y dificultades.

El Tiempo de Cuaresma es para aprender con el Señor cómo escapar de las grandes tentaciones que tenemos todos, las más pequeñas en decisiones que pueden ser difíciles hacer; pero también las grandes tentaciones que tenemos como pueblo, como nación, como comunidad y como mundo.

Hoy día, el Señor está lleno del Espíritu para enfrentar y afrontar las tentaciones, y por eso, el Espíritu de Dios impulsa a Jesús, porque sabe que la humanidad está sometida a la tentación. Y Jesús, nuevamente, así como se bautiza sin tener pecado, así también pasa por la tentación por solidaridad con la humanidad para ayudarla a caminar. Y por eso, se deja tentar por el demonio, el cual aparece en diversos momentos, pero, sobre todo, al final, porque Jesús ha estado como en una especie de retiro, en el cual ha estado en ayuno y está débil. Al final de esta travesía ocurren estas tentaciones.

En todos los rincones de un mundo desértico en donde tenemos diversidad de problemas, siempre hay la posibilidad que decidamos en favor del mal. En el Evangelio se emplea la palabra ‘diábolos’, que significa “el divisor”, el que nos divide de Dios para no hacerle caso; y para hacer caso solamente a la unidad de cada uno que es el egoísmo. Por esa razón, el Señor enfrenta la tentación como todos los humanos, pero hace algo totalmente novedoso para todos: confiar en la Palabra de Dios.

Muchas veces, en diversas situaciones, nuestra fragilidad - como la hemos vivido en toda esa Pandemia - nos hace enfrentarnos a la dificultad y a la tentación, como estamos viendo en la actitud desesperada que existe en el mundo de hoy. Y en esa actitud desesperada, los intereses se imponen, las ambiciones se

manifiestan y los imperios invaden. Las personas se desesperan y se matan entre ellas, y hemos de vencer la tentación en estas circunstancias.

Por esta razón, Jesús, asumiendo la tentación, nos ayuda diciéndonos que el Espíritu está con nosotros, porque también nosotros somos Hijos de Dios en Él. Pero hay que saber ser Hijo de Dios, responsable del don de amor recibido, dejar que el Espíritu fluya en nosotros para que nuestras decisiones sean inspiradas, adecuadas y justas.

La primera tentación, la tentación del pan, es una tentación que ocurre en el corazón de nuestra más común y diaria necesidad. El pan nos da la vida, nos permite existir y crecer. Y sin el pan no es posible vivir. Sin embargo, aquí nos plantea claramente Jesús que el fundamento de que todos tenemos que alimentarnos se basa en el alimento de Dios, en su Palabra, y por lo tanto, no es sólo de pan que todos vivimos, sino de Dios que es el dador de la vida. Para eso, entonces, como ha dicho el Papa esta mañana: “Jesús no dialoga con el diablo. Jesús nunca dialogó con el diablo. O lo expulsaba, cuando sanaba a los endemoniados, o como en este caso, teniendo que responder lo hace con la Palabra de Dios, jamás con su palabra”.

Qué distintas formas de obtener el pan vivimos nosotros hoy en día. El demonio le propone obtener el pan por medio de un acto mágico, de convertir una piedra en pan. También nosotros podríamos recurrir a la “magia” para obtener el pan; podríamos recurrir a arrancararlo a otro; podríamos recurrir viviendo a nuestras anchas, comiendo y bebiendo lujosamente, derrochando el dinero y el pan que a otros les falta. El Señor nos dice que es posible obtener el pan de otra manera: compartiéndolo, aprendiendo a vivir intensamente el sentido de amistad y, sobre todo, haciendo posible que aquel que no tiene pan, lo tenga.

Tanto en el modo de obtenerlo como en el modo de consumirlo, podemos compartir, vivir y comer el pan si es que lo hacemos con un sentido de solidaridad y de hermandad, de confianza en que el Señor, inclusive, cuando nos falte el pan, el amor y la solidaridad que Él ha querido dar a todos los seres humanos, puede favorecerlos. Por eso agradecemos a todas las personas que en estos días - tanto de Pandemia como ahora, en donde estamos sufriendo todavía hambre y miseria - hacen lo posible de compartir su pan con todos. También

vean, ustedes, cómo es posible vencer esa tentación si nos tomamos en serio la Palabra de Dios.

Pero existe también esta segunda tentación, la tentación del poder. Una de las cosas más hermosas del texto de las tentaciones en el Evangelio de Lucas es que nos recuerdan los tres momentos de la historia de Israel: el desierto y el Éxodo para llegar a la tierra prometida que mana leche y miel; el periodo de los Reyes que están posesionados en sus ideas y en su “omnipoder”; y el periodo de los sacerdotes que tomaron el poder y se ensoberbecen con el hecho de ser los representantes de Dios y creen que tienen un poder omnímodo y absoluto.

En estas dos últimas tentaciones, el Señor nos dice que el poder es siempre una posibilidad, inclusive, cuando tenemos pequeños “podercitos” que manejamos y no queremos dejarlos. Pero hay poderes más grandes que se posesionan y abusan de los pueblos, como estamos viendo en este momento de la historia.

Hoy día, hermanos y hermanas, ante la tentación del poder absoluto estamos llamados a recurrir otra vez a Dios, y por lo tanto, cuando nos piden que nos arrodillemos para servir a un poder, para ganar un poco más de poder; si es al precio de tener que arrodillarnos y rechazar a nuestro Dios y, en vez de Él, crearnos un dios falso, el dios que los poderosos siempre intentan hacer con nosotros, especialmente cuando esos poderosos están diseminados en diversas formas, a través de grupos mafiosos, a través de personas que nos ponen zancadillas y triquiñuelas, y nosotros estamos como invitados a ceder y adorar, o como cuando vamos a tener que hacer una decisión de votación y nos dicen: “Yo te voy a resolver todo. ¡Pero tú adórame!”. Cuando todas esas cosas suceden, nosotros tenemos que recurrir a la Palabra del Señor también: “Únicamente al Señor, tu Dios, adorarás. Y solamente a Él darás culto”.

No podemos doblegar nuestra fe y nuestra confianza en un Dios que nos ama para “vendernos” a personas, a líderes, a orientaciones, a personas que tienen dinero o poder, y nosotros ser sumisos, humillados y serviles. Por eso, esa tentación también está llamada a ser superada, y el Señor, pasando por ella - porque varias veces también tuvo esta tentación - huye de la tentación como en el caso del Evangelio de Juan, en donde lo quieren hacer rey y Él se retira a solas a una montaña para orar.

Por último, esta tentación, la tercera, en donde el demonio, el diablo, lo lleva al alero del templo, a esa parte alta en donde podía exhibirse y mostrar que era el Hijo de Dios; y así, tendría la fortuna de realizar su reino de la manera como el demonio quiere que se haga el rey, en función de ciertos intereses.

Esta tentación es muy seria porque el diablo recurre allí a la Palabra de Dios en que dice que el “Señor te cuidará siempre por tus caminos y no dejará que resbale tu pie. Y cuando estés por caer, siempre los ángeles te van a recoger, para que no te pase nada”.

Esta confianza que a veces tenemos en Dios ha llevado, en muchos casos, en diferentes religiones y en nosotros mismos, en la historia de la fe católica y cristiana, a actitudes de soberbia que permiten decir: “Nosotros tenemos a Dios, no nos va a pasar nada”. Y jugamos a veces con Dios creyendo que “si yo soy católico, no me va a pasar nada, puedo golpear a cualquiera y yo tengo razón”. “Puedo corregir a cualquiera en forma mala y agresiva, y no pasa nada”. Afirmaciones como estas se escuchan, yo soy sacerdote, soy obispo, no me pasa nada y puedo hacer lo que me da la gana. Pues también, todos los que somos de una fe cristiana, especialmente todos los que tenemos alguna parte de dirección, estamos llamados a respetar siempre a Dios. Y esto se llama la tentación de jugar con Dios, de intentar tentar a Dios, de hacer de nuestra religión un juego y una burla por el hecho de que tenemos la fe. Y eso Jesús mismo lo pasó, porque, en un momento, el demonio se apartó para una nueva ocasión oportuna, que ocurrió en la Cruz cuando tentó por última vez a Jesús y le dijo en boca de los que pasaban: “Si eres Hijo de Dios, bájate de la Cruz”.

Nosotros, hermanos y hermanas, pasando por estas tentaciones, estamos llamados, como Jesús, a integrarnos en la vida de Dios y a confiar plenamente en su Espíritu, y afirmar con Él: “No tentarás al Señor, tu Dios”, renunciarnos a creernos dioses y perfectos.

Quisiera terminar dejándoles una pequeña tarea para esta Cuaresma. Dado que estamos en la Cuaresma del Bicentenario, sería muy importante que, así como el evangelio Lucas, que ha recorrido la historia de Israel en sus tres etapas (la etapa del Éxodo, la etapa de los Reyes y la etapa sacerdotal), también nosotros hagamos memoria de las etapas de nuestra historia patria y veamos cuáles son las tentaciones nacionales que compartimos todos, porque no solamente son tentaciones individuales, sino también

colectivas, en donde se ha metido el demonio y quiere tentarnos para que repitamos ciertas historias trágicas como ocurrió al inicio de la República, cuando los caudillos se peleaban entre sí para agarrarse el poder. Y eso ha ido evolucionando terriblemente cuando las mafias se apoderan e, inclusive, las mafias se meten en la Iglesia y, en nombre de Dios, hacen lo que quieren.

Hermanos y hermanas, este tiempo de Cuaresma en este Bicentenario, significa un tiempo para que, desde la fe, podamos afrontar las tentaciones históricas y realizar un proyecto nuevo de Perú. Si Jesús entró al desierto fue para que, después el pueblo caminara como en el Éxodo y llegara a la tierra que mana leche y miel.

Yo señalé que el desierto es distinto al Jardín del Edén, el jardín de las delicias, de la felicidad, y todos queremos volver al jardín de la felicidad. Llegaremos a él con este hermoso país que tenemos cuando rechazamos las tentaciones que nos han acicateado durante siglos, y sepamos, con coraje, con alegría, con esperanza y con la fuerza de Dios, que estamos para hacer un país de hermanos y no de odio, de agresión, de maltrato, de aprovechamiento egoísta y mafioso.

Por eso, hermanos y hermanas, recemos hoy día por nuestro país para que juntos salgamos, tanto de nuestras tentaciones personales, nuestras tentaciones familiares, y también de las tentaciones históricas que todavía heredamos y que no hemos superado.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y que esta tarea la podamos hacer en estos 40 días que quedan, en donde todos podamos reflexionar sobre las tentaciones de nuestra historia patria para ayudar a que el país se consagre verdaderamente a su Señor y a la vida de los más pequeños, de los que más sufren, que necesitan ser reparados de sus angustias y de sus dolores.

Que Dios los bendiga y los acompañe en esta reflexión. Y así, cada domingo dejaremos una pequeña tarea de la Cuaresma. Ésta es la primera que les dejó y ojalá todos podamos ir la resolviendo en nuestro corazón, en nuestra historia familiar, en nuestra historia social y en nuestra historia como país y como patria.